

de concebir, me haga ver menos miserable la realidad de que vivo.

Esta operación, pues, que nos aparecía ya envuelta en una especie de contradicción íntima, nos aparece ahora irrealizable: ¿Quién puede mirarse así? ¡Y todavía, es necesario mirarse así para tener adentro de nosotros el secreto de nuestra vida! Por esto es tan difícil, si no imposible al hombre idependizarse de las cosas y tener en sí la fuente profunda de su existencia. Si el niño, que hemos tomado como parábola de la superior realidad cristiana puede encontrar adentro de sí los recursos de su alegría, vosotras no podéis encontrar adentro de vosotras los recursos necesarios para el gran don de sí que os pide la generación en que vivimos.

Por ésto nadie puede encontrar adentro de sí el secreto de su existencia si no lo busca más arriba de sí: aquellos dos cuadros, aquellos dos perfiles no se pueden sobreponer de manera que lo ideal tome la concretez de lo existente y lo existente se levante a la altura de lo ideal, si no se interpone entre ellos el perfil sangriento del Crucijado.

Sangre del alma es el don de sí y sólo en la contemplación de aquella Sangre el alma conquista la fuerza de dar la suya.

Por ésto concluyo estas pocas palabras con una esperanza y un augurio.

La esperanza es que las de entre vosotras que no conocen aún, o sólo superficialmente, el dulce nombre del Maestro, sean traídas por este instante que han pasado aquí, entre almas que creen y esperan, a fijar su mirada profunda en la vida que viven para reconocer que es demasiado indigna de la que debían vivir.

El augurio es que la insatisfacción profunda de no ser tales os acerque a la fidelidad y a la comunión interior amorosa con la presencia del Maestro; así que el don de sí, que vuestra alma aspira a dar no sea el don de un pobre amor humano, que si fuera también grande y honesto, se ceñiría siempre a los contornos pequeños de nuestros egoísmos y se apagaría en el tiempo, sino un amor en que palpite algo del Suyo y que por éso se abra a lo infinito de la caridad y desborde en lo infinito de la eternidad.

Vuestra vida alcanzará entonces su plenitud, viviréis de veras, no de la superficialidad vana de lo exterior, ni de la pobreza de un orgullo suficiente a sí mismo, sino de una participación interior de vida al amor que crea y redime, que es tristeza de cruz y alegría de Resurrección.

La joven frente a la vida



Nuestra compañera Martha Aldonando tuvo a su cargo el tema señalado para el segundo día: La joven en la sociedad familiar. Entre otras cosas dijo:

Todo individuo forma parte de la pequeña sociedad familiar que le rodea. La familia fué obra directa de

Dios que hizo al primer hombre a su imagen y semejanza; luego de crearlo se dijo: no está bien que el hombre esté solo, hagámosle una ayuda semejante a él, y al despertar Adán de su sueño vió junto a sí a Eva.

Desde el primer momento dentro de la familia tuvo la mujer preeminencia. Adán recibió el nombre del color del barro con

que fué hecho: rojo; mientras que a la mujer le llamó Eva que quiere decir plenitud de vida, de fecundidad y le llamó así porque vió en ella la madre de todos los vivientes. Al hombre le dió Dios el gobierno y la razón, a la mujer el derecho de amar y de ser amada. Origen divino de la familia porque Dios quiso El mismo bendecir a la primera pareja y en ellos al primer hogar.

También es la agrupación de personas ligadas por derechos y deberes en orden al mútuo servicio que se deben. En la sociedad actual los estragos del modernismo la han dispersado los hombres después del trabajo ceñidos a las tertulias de café o club; las mujeres disipadas en frivolerías, conferencias o en esferas ajenas a su misión propia y los hijos influenciados por sus padres y siguiendo por caminos parecidos han dado por resultado la dispersión de la familia y es a nosotros que tenemos dentro de ella sitio preeminente el deber de hacer volver a la familia a su verdadero lugar dentro de la sociedad de la que constituye el elemento básico.

El individuo nace en una familia y va a terminar formando otra, para continuar los principios de la ley natural que Dios puso en su obra al decir: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra". Esta es la verdadera gloria de la familia puesto que solo a ella le dió Dios poder para continuar la vida.

El hombre por una exigencia natural se asocia con la mujer, cada sexo busca en el otro el complemento necesario para la procreación de la vida, además del mutuo auxilio del servicio; esto es el matrimonio. El amor conyugal debe ser profundamente sentido, racional, no fundado en las cualidades pasajeras del consorte, sino en el espíritu y en los sentimientos que es lo que en el amor perdura.

Y así como el objeto único del amor es

la unión, el objeto único de la unión es la fecundidad. Nada más sublime que la misión de Dios confiada a los seres vivos de prolongar los efectos de su poder creador. En esto tiene lugar más importante también la mujer: matrimonio quiere decir oficio de la madre.

Hoy la mujer irreflexivamente busca gloria en distintos lugares sin comprender que su verdadera gloria está en el amor de sus hijos y del hogar. La mujer debe tener en el matrimonio la fortaleza de la mujer evangélica y soportar por amor el dolor y el sacrificio de su estado.

La renuncia en el matrimonio a su finalidad esencial es falta gravísima. El mayor mal que se puede hacer es privar a alguno de la vida, el mayor de los bienes.

En nuestro ambiente profesional y universitario se da el caso de jóvenes que estudian y han contraído matrimonio, que anteponen sus estudios a las obligaciones de que se han hecho responsables ante Dios. Pensemos que el estudio no es el objeto de nuestra vida sino tan sólo una parte de ella.

Es misión también de los padres dar a los hijos una verdadera educación, educación no es sólo la enseñanza de las conveniencias sociales sino una verdadera conformación espiritual al ideal de vida que Dios ha impuesto.

Y así como es falsa la posición de la familia es falsa también la posición de la joven frente al matrimonio.

Se tiene del amor un concepto equivocado, se suele tomarlo como una pasión o placer de los sentidos, cuando es una fuerza vehemente que Dios ha puesto en el corazón de todos los hombres y que tiene origen en la voluntad y en los sentidos. Pasión seria, violenta, bellísima.

Debemos fijarnos no en los atractivos físicos sino en las cualidades morales. Prepararnos, pues, al matrimonio cuidando de nuestro cuerpo, conservando la cas-

tividad. Prepararnos también en los conocimientos domésticos al lado de nuestra madre y de nuestro hogar; nuestra condición de estudiantes no nos exime de ésto.

Dentro del hogar debemos ser la alegría, fuera de él el reflejo de la educación que nos han dado nuestros padres.

Que nuestro ideal, jóvenes, sea ahora y siempre el que canta nuestro himno:

“Como cristianas, como argentinas
A nuestra Patria queremos dar
Las dos ofrendas más femeninas:
Pureza heroica y amor de hogar”.

Las congresales siguieron con visible atención las exhortaciones de la señorita Martha Aldanondo.

Un entusiasmo indescriptible expresado en cerrado aplauso saludó la figura de Monseñor Franceschi, de cuyas palabras ofrecemos el siguiente resumen:

En obsequio a la brevedad entraré directamente en materia; entraré a hablar de “la joven frente a la vida”. Jóvenes hemos sido todos, y todos debemos conservar la juventud del alma; y es por esta juventud que tengo en el alma que comprendo a la juventud; creo comprender su problema, al menos desde el punto de vista espiritual. Nosotros nacemos y durante unos cuantos días o meses, somos un ser más o menos pasivo. Pero bien pronto empezamos a explorar lo que nos rodea y tenemos los primeros temores. Establecemos entonces, nuestra distinción entre el yo y el no yo, llegamos a separar, el mundo de nosotros mismos, rectificamos los conceptos equivocados, vamos examinando lo interior, sentimos en nosotros la vida y llega un momento en que no sólo tiene lo interior acción sobre nosotros, sino también nosotros sobre el mundo exterior.

Entonces se nos plantea un día esta pregunta: “¿Yo qué voy a hacer?”. En este mundo que me ciñe, en esta inmensidad de seres que me rodean: ¿qué es lo que voy a hacer? Y si nos han educado en la fe, no tan sólo nos preguntamos que voy a hacer, sino: Señor ¿qué debo hacer? Nos sentimos entonces frente al problema de la vocación. Hay una serie de relaciones entre nuestras capacidades, gustos y aptitudes, que determinan nuestra orientación en la vida. Vamos a hacer algo, algo concreto. Dentro del plan divino de la Creación hay un orden perfecto, cada cosa tiene un lugar en el mundo, y así también cada uno de nosotros tiene una misión que cumplir, es un ser que ha sido llamado y a quien se le dijo: “Levántate y anda, pero anda por este y no por otro camino”. Dejando de lado toda disgresión veo para vosotras no dos caminos sino tres, no cuatro sino tres.

Primero: el camino que en líneas generales espera a la mayor parte de las jóvenes: el camino de la casada.

Segundo: el camino de la que escoge libremente la soltería.

Tercero: el camino de la vocación religiosa.

El camino común es el de la casada: las que van por este camino, entran en él, por el amor. Amor no es palabra profana, sino profanada; se dice amo mi casa, amo mi perro; amo mi novio dirá alguien por ahí. El pleno amor es conocer y preferir, y es algo en que las facultades superiores: inteligencia y voluntad, intervienen. Te conozco y por que te conozco te elijo. Esto es el amor, lo demás es solo una preparación. El amor no es en modo alguno indigno de una cristiana. Jesucristo quiso realizar, su primer milagro en una fiesta de bodas y elevó el matrimonio a la dignidad de Sacramento. Dice S. Pablo que la unión del hombre y

la mujer, es semejante a la unión de Cristo con su Iglesia. Sólo es indigno el amor cuando es pasión, exclusivamente carnal. El amor se condena cuando no hay limpieza, pureza, nobleza, ni rectitud de conciencia. El amor verdadero se distingue del falso en que el primero va a la vida, y el segundo a la muerte, a la destucción. Cuando el amor que fundamenta un hogar, es comunión de espíritus y de seres tiene que ser como dice un canto inglés: "No por un año, ni por dos, ni por diez, sino para siempre". Este es el amor que la Iglesia santifica, sanciona y bendice, por ser el verdadero.

Segundo camino: la soltería. Las solteras no son en modo alguno, despreciables. Se dividen en dos categorías: las que han izado la bandera de auxilio en todas direcciones y han lanzado un desesperado S. O. S. en todos los ambientes sin obtener éxito. Aun así, éstas, si aceptan con resignación su suerte son muy dignas de respeto

Y hay las heroicas, las que son solteras, y se quedan solteras porque quieren serlo; que habiendo podido casarse, vislumbran un ideal más grande y generoso en la soltería, entrevén en ese estado un desinterés mayor, que no se van a dar a uno, porque se dan a todos.

En una obra deliciosa de Henry Bordeaux: "Les vieilles filles", encontramos a estas solteras que no han entrado al convento, se quedan en la tierra, se consagran a su misión, permanecen en él y aceptan todos sus inconvenientes.

Queda un tercer camino: el monjío. No creo en la religiosa que se hace monja por desilusión de amor. Yo que soy capellán de monjas, que he aprendido a apreciarlas, no creo, así como no me entusiasma "la solterona tipo Jovita", en esa clase de monjas. He tenido un compañero muy buen mozo, que un día al pasar fren-

te a un grupo de niñas, oyó a una exclamar: "¡Qué lástima que se haya hecho cura". El sacerdote se vuelve entonces y le contesta: "Señorita ¿cree Ud. que a Dios no hay que darle más que la basura?" Así también, a los conventos van las almas más heroicas, más generosas, más abnegadas.

Estos son los tres caminos y no hay más. Eso sí, hay una forma cristiana y hay una forma pagana de recorrerlos. Señoritas: no consintáis en ser motivo de diversión y de flirt: "la donna é mobile"; no consistáis en hacer de vuestra vida, lo que se hace de una muñeca. adornarla y arreglarla. Hay dos maneras de andar en la vida, a favor o en contra de la corriente. Nosotros debemos hacer nuestra vida, labrar nuestra personalidad moral. No os dejéis llevar por el montón, tenéis que recorrer un camino, y Dios os dá su gracia para recorrerlo. S. Pablo en su última epístola nos dice: He combatido el buen combate, he recorrido todo mi camino. Cada una de vosotras debe rendirse esa misma cuenta. Escoged aquel camino, que esté más en relación con vuestra conformación espiritual, pero cualquiera de ellos, recorredlo plena, totalmente. S. Pedro era un buen hombre, de impulsos admirables, en quien la **arrancada** era terrible, pero... aguantaba poco. Pues bien, Cristo, se separa de él y de los demás apóstoles que se embarcan con cierto temor. Cristo queda en la orilla. Empieza la tormenta, arrecia la tempestad y los demás tienen miedo, empiezan a clamar. Jesús viene caminando sobre las aguas, pero Pedro sin esperar más se arroja al agua, y por ausencia de fe, se hunde, entonces grita: "Señor, sácame de aquí porque me ahogo".

No debemos nunca tener miedo con la gracia de Dios, todo lo alcanzamos por medio de Ella. Escoged el camino que queráis, pero recorredlo entero. Terminó fe-

licitándoos por este magnífico Congreso. Esta tarde, conversando con el Cardenal, me dijo: "Imaginé que sería grande pero nunca creí que llegaría a tanto. Es un consuelo para tí y para mí, llegar a

nuestros años y contemplar esta maravilla".

A seguir íntegro vuestro camino, con la gracia de Dios.

La joven frente a sus derechos

DIA
22
SABADO

Carmen Destile, estudiante de la Facultad de Medicina, desarrolló su tema, presentando interesantes consideraciones, que exponemos a continuación:

Maravillosos días son estos que estamos viviendo con tanta emoción y tan bello sentir cristiano, y nos traen el perfume Eucarístico de aquellas jornadas del año 1934, que fueron y serán la simiente de cuanto Congreso Católico se realice en este suelo.

Hermanas universitarias, unidas en la Eucaristía, unidas en la Facultad y en las múltiples tareas que se nos confían; bello será que agradezcamos todos y cada una de nosotras; a la magnificencia divina el permitirnos cursar una carrera. Transportadas así por nuestra vocación: del Liceo a la Facultad; esto es, de la adolescencia a la mayoría de edad; tuvimos de ese modo, la libertad, de elegir la rama del saber que estaba más de acuerdo con nuestras inclinaciones. Brusco fué el cambio y debimos adaptarnos a la nueva modalidad; a la nueva Enseñanza: así fué como el peligro del cientificismo pudo ser tan grande y más grave aún ya que enseñoraándose en nuestras ideas, en nuestros cerebros, fué extendiéndose en tal forma que, hasta la idea de Dios pudo llegar a trastabillar, en medio de tanto intelectualismo y esto es hasta más natural, si pensamos que precisamente al ingresar a la vida Universita-

ria; la sed de conocimientos hace que profundicemos con el raciocinio en tantos y tan variados problemas y hechos; que hemos vivido así impregnadas de nuevos conceptos, horas y horas; hasta días y he ahí: como la razón llegó a adueñarse de nosotras, pudiéndose aplicar aquella expresión ya clásica de Bacon "Poca ciencia aleja de Dios, mucha ciencia acerca a Dios".

Es este el mayor de los peligros. — Más en desmedro del Mecanicismo Experimental, y de tanta doctrina positivista; se ha producido un vuelco en estos años, que alegra al corazón y es que: precisamente los seres que trabajan ya sea en las ciencias matemáticas y físicas; así como en la biología han evolucionado en sus antiguas escuelas "queremos ahora —y es un pedido de García Morente— una metafísica que se apoye no en los fragmentos del edificio, sino en la plenitud de su base: en la vida misma". Quizá nosotros no la veamos cumplirse en estos años; pero la proa de los barcos, como dice Ortega y Gasset, camina hacia un continente en cuyo horizonte se dibuja el alto promontorio de la Divinidad". Así vemos que reconocen como cierto el origen real; el origen divino de todo fenómeno físico, de toda ley, de todo mecanismo biológico que sobre la tierra puedan medir o constatar. Lógico es que esto ocurra; pues de nada valdría llegar a la cumbre del saber, si se olvida a Cristo —Maestro de todo saber— si no se